

Mujeres sembrando un nuevo mundo

Reseña de libro: *Volteando la tortilla. Género y maíz en la alimentación actual de México*. México: UAEM, Juan Pablos Editor, 452 pp. ISBN: 978-607-422-968-4

Carlos Javier Maya Ambia*

Turning the tortilla. Gender and Maize in México's contemporary Food

Más allá de la valiosa información sobre la vida cotidiana de numerosas comunidades indígenas mexicanas del centro y sur del país, este libro incita a la reflexión y nos obliga a detenernos con asombro frente a lo cotidiano, a cuestionar lo evidente y a concluir que lo que siempre ha sido del modo que se describe no tiene por qué continuar así. Su gran mérito es, en palabras de Vizcarra, “contribuir al debate que busca la posibilidad de un nuevo paradigma para el cambio de realidad desde una sociedad consciente y desde la experiencia femenina” (p. 34); su objeto de estudio, “la fuerza de la resistencia cultural de la región mesoamericana; de ahí las representatividades de una sola alma: indígena, campesina y mexicana.” (p. 19).

Los 17 capítulos se agrupan en tres partes. El primero, de I. Vizcarra, es clave para la comprensión de todo el libro y sirve de marco teórico para los estudios de caso. La primera parte, “Representatividades del alma”, comprende seis trabajos sobre la vida de las mujeres mixtecas, matlatzincas, triquis, zapotecas y huaves, centrados en el cultivo de la milpa, el cuidado del traspatio y la elaboración de alimentos. En la segunda, “Repensando y problematizando la existencia”, hay cinco aportaciones que abordan las comidas escolares en un municipio de Temascaltepec, Estado de México; las respuestas de las mujeres matlatzincas a los programas sociales de alimentación; la política alimentaria y las mujeres de Acambay, Estado de México; la percepción de los consumidores de tortillas en las capitales de dos estados del Norte del país (en dos del centro y dos del Sur), identificando diferencias de apreciación por género; y, finalmente, los rituales políticos de mujeres indígenas como miembros de diversas organizaciones nacionales e incluso internacionales. La tercera parte, “Desatarse del metate”, incluye cinco trabajos sobre experiencias de mujeres mazahuas, mixtecas, mayas y tlaxcaltecas. El último artículo es una exploración bibliográfica sobre el uso de estufas solares en diversos países.

Todos los textos muestran, como explica Vizcarra, “por un lado una realidad y, a manera de conclusiones, ‘voltean la tortilla’ para vislumbrar destellos de la construcción de una masa crítica femenina.” (p. 18). Siempre aparece un estudio de caso abordado de manera etnográfica, basado en entrevistas, cuestionarios y por lo general una intensa convivencia



con las personas estudiadas, mayormente mujeres de diversas edades, pero también hombres en algunos casos, sobre todo indígenas. En la parte final, “volteando la tortilla”, se apuntan tendencias o condiciones que permiten vislumbrar un cambio radical en las condiciones de las mujeres estudiadas, una toma de conciencia para llegar a ser las dueñas de sus propias vidas. Las referencias cruzadas en los textos aumentan la coherencia de la obra.

Veamos algunos hallazgos importantes, de los trabajos que componen este libro. En todos ellos el objeto principal de análisis es la tortilla de maíz, elaborada a mano con maíz nativo. El trabajo de campo se realizó, por lo general, en comunidades indígenas pequeñas donde hay un esfuerzo por conservar este alimento tradicional, principalmente por parte de mujeres indígenas. Aunque no explícitamente, el tema central es la transición alimentaria que subyace calladamente a todo lo que leemos en el volumen. Enmarcar el descenso en el consumo de la tortilla tradicional en el proceso de la transición alimentaria nos permite identificar tendencias que se han presentado y se están presentando en otras sociedades que están experimentando el mismo fenómeno. Pongo como ejemplo el caso de Japón, donde el cereal tradicional, el arroz, ha venido siendo sustituido por el trigo y sus derivados (panes y pastas). A diferencia de México, en Japón los gobiernos se han esforzado en apoyar a los arroceros y en proteger su arroz frente a arroces mucho más baratos, según los precios internacionales como el procedente de los EE.UU. Los gobiernos japoneses sostienen que al proteger a su arroz no solo están protegiendo a un producto agrícola, sino a toda su cultura. Esto no ha ocurrido así en México, donde, por el contrario, los gobiernos han apostado todo a la apertura comercial, a la liberalización y desregulación de los mercados como panacea y llave mágica para lograr la modernización e ingresar al primer mundo.

Otra lección importante de la transición alimentaria japonesa es que ha venido siendo impulsada por la mayor participación de las mujeres en la fuerza de trabajo asalariada. La cocina tradicional japonesa, como la mexicana, requiere de mucho esfuerzo y mucho tiempo. Este esfuerzo por siglos recayó en las mujeres japonesas como lo son las abuelas, las madres, las nueras y las hijas. Pero ahora las mujeres japonesas no pueden continuar

la tradición porque trabajan en las grandes ciudades o no quieren porque prefieren emplear su tiempo en actividades recreativas, culturales o de entretenimiento y ya no más atadas a la cocina. Evidentemente, cuando ya no hay quien prepare los elaborados platillos tradicionales, estos deberán ser sustituidos por otros por lo general procedentes de Occidente. En los casos presentados en el libro que comentamos los cambios en la situación laboral de las mujeres indígenas observadas también tienen importantes repercusiones en la dieta de sus familias y, si a ello sumamos los programas de “ayuda” gubernamentales enfocados a proporcionar una dieta moderna a los beneficiarios de tales programas, el cuadro se completa y se va dibujando más claramente la transición alimentaria, la cual, como es sabido, se caracteriza por un descenso en el consumo de los cereales tradicionales (maíz en México, arroz en Japón, por ejemplo) y de las fuentes usuales de energía, como tubérculos y verduras locales (calabaza y chile en el caso de México), para ser sustituidas por productos importados que además están disponibles fuera de la estación de cosecha propia del país. Seguramente el lector quedaría con una visión más clara del fenómeno si se mostrara de qué manera la tortilla tradicional ha ido perdiendo terreno como consecuencia del aumento de consumo de alimentos procesados y de productos frescos importados. Por otra parte, el gran competidor de la tortilla tradicional es la tortilla industrial, que, si no por calidad, por precios, viene a ser un sustituto de la primera y cuyo mayor consumo está directamente relacionado con la pérdida del poder adquisitivo del salario de la mayoría de los mexicanos.

Otro fenómeno mencionado en varios de los trabajos es la obesidad infantil, acompañada de desnutrición o mala nutrición. Evidentemente, esta tendencia cada vez más frecuente en la infancia mexicana está relacionada con varios factores. Uno es la pobreza que ha ido en incremento y que obliga a la población, en particular a las mujeres que deciden qué comprar para comer, a orientar su consumo hacia los alimentos más baratos, de peor calidad y menor valor nutricional, abundantes en sal, azúcares, aceites parcialmente hidrogenados. Igualmente, relevante es la mayor participación de las mujeres, incluso de las indígenas, en actividades que restan tiempo al cuidado de los hijos y su alimentación, de tal manera que es más fácil que éstos tengan acceso a alimentos chatarra, refrescos embotellados y golosinas que a la larga deteriorarán su salud, como ya se observa. Este hecho es relevante pues nos muestra que incluso en sociedades todavía no modernizadas, como podrían considerarse las pequeñas comunidades indígenas, la penetración de lo más nocivo de la transición alimentaria está afectando negativamente a la población infantil.

Encontramos en más de un capítulo la reiterada mención del hecho de que las mujeres en las comunidades observadas trabajan más que los hombres; este trabajo no es reconocido y resulta menos remunerado. Esta es una afirmación que se encuentra por todas partes y no solo en México, pero lo interesante sería en casos muy específicos, como los aquí analizados, presentarnos una contabilidad detallada del uso del tiempo por parte de hombres y de mujeres. Por ejemplo, en el texto de (chechar dato) se señala que los hombres de la comunidad trabajan 11 horas en el campo, pero que después de esa jornada “ya no quieren trabajar en el hogar” ayudando a sus esposas. Cabe preguntar, si después de 11 horas es justo exigir todavía más trabajo. Por otra parte, se señala que las mujeres



trabajan más que los hombres, pues cuidan a los niños, preparan la comida y limpian la casa, entre otras actividades del hogar. Aquí sería pertinente mostrar una contabilidad del tiempo empleado en cada tarea para demostrar con cifras que, si los hombres trabajan 11 horas, las mujeres trabajan 12 o 14. Lo anterior mencionado, en todo caso, no demostraría que los hombres no están siendo víctimas de un sistema explotador y enajenante, sino que las mujeres probablemente lo están siendo en mayor medida. La solución no sería exigir más a los hombres, sino reducir ambas jornadas por igual para permitir que esas máquinas de trabajo vuelvan a adquirir forma humana. Aquí no puedo más que recordar el fenómeno llamado KAROSHI en Japón, que es muerte por exceso de trabajo y que ya representa un serio problema nacional. ¿No será que en México y en particular en las comunidades estudiadas se está presentando también un karoshi mexicano?

Las experiencias descritas en las páginas de este libro, donde se habla de comportamientos y actitudes indígenas que están fuera de la lógica mercantil y del afán de enriquecimiento muestran cómo: “En el contexto rural mexicano, las mujeres y el trabajo que realizan en torno a la alimentación tienen un papel sumamente importante para el desarrollo de sus familias y de sus comunidades, porque el maíz es la base de la alimentación en México y son ellas quienes se encargan de todo lo relacionado con la siembra y la cosecha en la milpa, pero sobre todo de moler y preparar las tortillas; esa relación se convierte en un binomio completamente necesario para la vida. (p. 62) Pero, además, dejan muy en claro que: “Para las comunidades rurales mexicanas el maíz es vital y, por lo tanto, también lo es la dedicación de las mujeres a todo lo relacionado con éste, en particular la molienda y el hacer las tortillas: ellas tienen la exclusividad de hacer las tortillas y si no hay tortillas de maíz, simplemente no hay qué comer, y si no hay qué comer, no hay vida.”(p.66)

Sin embargo, la lectura del texto es de esperanza de vida y nos hace confiar que, como dice Vizcarra, en la etapa de *Conciencia del Cambio Social Trascendental* “se da el nacimiento de otra Humanidad, con seres que viven en el desapego, en el servicio con amor, trascendental, multidimensional, donde se concreta el fin de las relaciones de dominación en sujetos y objetos.” (p. 50) Sin embargo la realización de este proyecto enfrenta serios desafíos, pues la ruralidad mexicana está enfrascada en problemas de violencia, inequidad y delincuencia estructural cuya solución requiere de esfuerzos tanto individuales como colectivos, tanto de la sociedad civil como de los distintos niveles de gobierno.

La lectura de este libro sin duda contribuye a tomar conciencia de estos desafíos y señala vías que podrían ayudarnos a construir esa sociedad que no solo deseamos, sino que urgentemente necesitamos.